

LIBRO SEGUNDO.

Cuando Scipión vió á todos sus amigos deseosos de escucharle (1), comenzó á hablar de esta manera:

Scipión.— Comenzaré citándoos unas palabras de Catón el viejo, á quien, como sabéis, siempre he profesado cariño profundo y más profunda admiración; á cuya influencia me entregué por completo desde la juventud, tanto por consejo de mis padres, natural y adoptivo, como por mi propio gusto, y á quien jamás me cansé de escuchar: tanta era su experiencia en los negocios públicos, que había dirigido en paz y en guerra por tanto tiempo y con tanta gloria; tan mesurado encontraba su lenguaje, grave y agudo

(1) Las primeras palabras de este párrafo las suplió Mgr. Angelo Mai.

á la vez, tan celoso de instrucción su espíritu (1) y de propagar la instrucción, y tan conforme su vida entera con sus palabras! Frecuentemente decía que nuestro gobierno era superior al de las demás naciones, porque éstas solamente habían tenido hombres aislados que habían constituido repúblicas á su manera, dándolas leyes é instituciones particulares; Creta, de Minos; Lacedemonia, de Licurgo; Atenas, cuya constitución ha experimentado tantos cambios, de Teseo, después de Dracón, de Solón, de Clistenes, y posteriormente de otros muchos, hasta que extenuada y moribunda las recibió de un varón sabio, Demetrio de Falerio, que la reanimó un poco, mientras que nuestra República no ha sido constituída por un ingenio solo (2), sino por el concurso de muchos; ni se consolidó por una sola edad, sino por el trascurso

(1) Catón había escrito obras sobre retórica, medicina, costumbres, educación, arte militar y agricultura. Plinio dice que escribió sobre todos los asuntos.

(2) Una de las causas de la prosperidad de Roma, dice Montesquieu, es que todos sus reyes fueron grandes hombres. En ninguna otra parte de la historia se encuentra una serie no interrumpida de tales hombres de Estado y tales capitanes. Y en otro lugar dice: «Habiendo Roma expulsado á los reyes, estableció los cónsules anuales, y esto contribuyó á elevarla á tan alto grado de poder. Los príncipes tienen en su vida períodos de ambición á los que suceden otras pasiones y el ocio mismo; pero la República, teniendo jefes que variaban todos los años y que procuraban señalar su magistratura con grandes hechos para volver á obtenerla, no dejaba momento libre á la ambición.

de bastantes generaciones y bastantes siglos. No es posible encontrar un ingenio tan grande, decía, que todo lo abarque; y el concurso de todos los varones esclarecidos de una época no conseguiría, en achaques de previsión y prudencia, suplir las lecciones de la experiencia y del tiempo. Voy, pues, siguiendo su ejemplo, á remontarme en mi discurso al origen del pueblo romano, agradándome emplear esta frase de Catón. Además, con mayor facilidad conseguiré mi propósito si os presenté nuestra República en su origen, en sus primeros progresos, en su juventud y vitalidad, que si, como el Sócrates de Platón, acudiese á una imaginaria.—

Habiendo aprobado todos, continuó diciendo

SCIPIÓN.—¿Acaso existe alguna otra república cuyo origen sea tan brillante, tan conocido de todos como la fundación de esta ciudad por Rómulo? Marte fué su padre (respétemos una tradición, no solamente muy antigua, sino que también muy sabia, pensando, como nuestros mayores, que los bienhechores de los hombres, no solamente recibieron de los Dioses el talento, si que también la generación). Dícese que poco después del nacimiento de Rómulo, fué abandonado con su hermano Remo en las orillas del Tíber, por orden de Amulio, rey albano, temeroso de que algún día vacilase su poder; amamantado allí por una fiera (1), unos pastores recogieron á poco al niño, edu-

(1) Cicerón, en su *Tratado de las Leyes*, se burla de

cándole en los rudos trabajos del campo: creció, y por sus robustas fuerzas y energía de ánimo adquirió tanta superioridad sobre sus compañeros, que todos los que habitaban los campos donde hoy se alza esta ciudad, se le sometieron de buen grado. Puesto á su frente, añaden dejando la fábula y pasando á la realidad, se apoderó por asalto de Alba Longa, ciudad muy fuerte y poderosa en aquellos tiempos, y mató al rey Amulio.

Conseguida esta victoria, dicese que imaginó por primera vez fundar una ciudad, consultados los auspicios, y establecer un Estado. Mucho ha de atender al emplazamiento de la capital quien desee fundar un Estado duradero; Rómulo lo eligió admirablemente (1). No buscó la proximidad del mar, aunque le era muy fácil avanzar con su aguerrido ejército por el territorio de los Rútulos y de los Aborígenas,

esta tradición sobre el nacimiento maravilloso del fundador de Roma, y aquí mismo lo trata de fábula. Por otra parte, no hace observación alguna crítica sobre estas primeras antigüedades de Roma que los modernos han creído poder ilustrar. Tito Livio se limita á decir, con majestuosa gravedad de estilo, pero poco convincente para la fidelidad histórica: «Si es permitido á pueblo alguno atribuirse un origen sagrado y hacer remontar su nacimiento hasta los Dioses, tal es la gloria del pueblo romano en la guerra, cuando proclama con preferencia al dios Marte por padre suyo, por padre de su fundador; y las naciones deben soportarlo con la misma resignación que soportan nuestro imperio.»

(1) Proporcio dice también, hablando de la posición de Roma: *Natura hic possuit quidque ubique fuit.*

ó establecer su nueva ciudad en la desembocadura del Tiber, en el paraje mismo adonde muchos años después el rey Anco llevó una colonia; pero aquel varón tan extraordinariamente previsor comprendió que la posición marítima no convenía á una ciudad para la que deseaba duración y poderío. En primer lugar, las ciudades marítimas están expuestas á muchos peligros que no pueden prever. La tierra firme revela con muchos indicios la aproximación del enemigo, no solamente esperado, sino repentino, indicando su presencia el ruido y trasmitiendo el rumor de sus pasos. Nunca puede haber por tierra ataque tan repentino que no solamente se sepa por dónde viene el enemigo, sino quién es y de dónde viene; mientras que las naves pueden llevar á una ciudad marítima un ejército que la invada antes de que se sospeche su venida. Ni tampoco cuando llega muestra con señal alguna quién es, de dónde viene y qué quiere, si es amigo ó enemigo.

Las ciudades marítimas están muy expuestas á la corrupción y alteración de costumbres: mézclanse en ellas lenguajes y usos nuevos, y los extranjeros no solamente llevan sus mercancías, sino que también sus costumbres, no pudiendo resistir en toda su integridad ninguna institución patria. Los que habitan estas ciudades no permanecen en sus hogares; agítanse, y sus movibles esperanzas les llevan lejos de su casa, y hasta cuando se encuentran en ella, su pensamiento viaja y recorre el mundo. Nada influyó tanto

en la ruina de Cartago y de Corinto como la vida errante y dispersión de los ciudadanos, que por el deseo de navegar y comerciar abandonaban el cultivo de los campos y el manejo de las armas. La proximidad del mar lleva además á las ciudades muchos incentivos al lujo; el comercio y las victorias las traen diariamente nuevas seducciones, y el atractivo mismo de su posición presenta á las pasiones muchos estímulos para el lujo y la molicie. Lo que he dicho de Corinto creo que podría decirse igualmente de toda la Grecia. Casi todo el Peloponeso es marítimo, y exceptuando los Fliuncios, todas las comarcas están bañadas por el agua; y fuera del Peloponeso, solamente los Enianos, los Dorios y los Dolopeos están separados del mar. ¿Qué dire de las islas de Grecia, que sumergidas por las olas, parece que flotan con sus instituciones y costumbres? Pero ésta, como ya he dicho, es la Grecia antigua.

De las colonias que la Grecia fundó en Asia, Tracia, Italia, Sicilia, Africa, ¿hay alguna, exceptuando Magnesia, que no esté bañada por el mar? Parece que estas comarcas bárbaras están rodeadas por una porción desprendida de las playas griegas. Porque en los tiempos antiguos no existían otros pueblos marítimos que los Etruscos y los Cartagineses, comerciantes los unos, y los otros piratas. Paréceme, pues, evidente que deben atribuirse las desgracias y revoluciones de la Grecia á los vicios de las ciudades marítimas que hace un momento he indicado brevemente.

mente. Mas en medio de estos graves inconvenientes hay que reconocer una ventaja muy grande: que los productos de todos los países del mundo llegan fácilmente á la ciudad que habitáis, y, en cambio, que se pueden llevar y enviar á todas las comarcas de la tierra las cosechas de nuestros campos.

¿Pudo Rómulo inspirarse mejor para dar á su ciudad todas las ventajas de la posición marítima, y evitarla todos sus inconvenientes? Construyóla en la orilla de un río cuya corriente, igual y constante, penetra en el mar por ancha desembocadura, de manera que la ciudad puede recibir por mar lo que necesita, y remitir por la misma vía lo que le sobra, estableciéndose por este camino comunicación, tanto para hacer venir lo necesario á la vida y la comodidad, como para dar salida á los productos de sus campos: así es que creo adivinó desde entonces que esta ciudad llegaría á ser el centro de poderoso imperio: una ciudad situada en cualquiera otra parte de Italia, no hubiese podido mantener tan vasta dominación (1).

En cuanto á las fortificaciones naturales de esta ciudad, ¿quién es tan negligente que no las conozca y tenga como dibujadas en su imaginación? La sabia previsión de Rómulo y de otros reyes añadieron una muralla, que apoyándose por todas partes en colinas

(1) Tito Livio imitó este pasaje en el discurso de Camilo: «No sin razón los Dioses y los hombres eligieron este sitio para levantar la ciudad.»

escarpadas, hace inaccesible el paso que queda entre el Esquilino y el Quirinal, defendido hoy con fuerte baluarte y ancho foso (1), y hace que nuestra ciudadela rodeada de precipicios, protegida por rocas cortadas á pico, sea fortaleza tan inexpugnable que permaneció incólume en medio de la tempestad terrible de la invasión de los Galos. Eligió además un emplazamiento abundante en manantiales, notablemente saludable en medio de una comarca insalubre: las colinas que lo rodean, á la vez que renuevan el aire, protegen los valles con su sombra.

Rápidamente hizo todo esto; construyó una ciudad, que llamó Roma de su propio nombre, y para afirmar esta ciudad nueva, concibió y ejecutó un proyecto original sin duda, pero algo salvaje, aunque digno de un hombre grande y de un fundador de imperio que preparaba con mano segura la futura grandeza de su pueblo. Doncellas sabinas de la alcurnia más ilustre habían venido á Roma para presenciar los juegos aniversarios que se celebraban en el Circo; robadas en medio de la fiesta por orden suya, uniólas en matrimonio á las familias más nobles. Esta injuria levantó á los Sabinos contra los Romanos; trabóse combate, y estando incierta la victoria, Rómulo hizo un tratado con Tacio, rey de los Sabinos, á ruego de las mismas mujeres robadas; por cuyo tratado recibió

(1) Según Dionisio de Halicarnaso, el foso tenía cien pies de ancho y treinta de profundidad.

en la ciudad á los Sabinos (1), su culto, y compartió el mando con su rey.

Por muerte de Tacio, toda la autoridad pasó á sus manos, aunque ya en vida de éste había creado un Consejo formado de los principales ciudadanos, á los que, por cariño, se les llamó padres; había dividido el pueblo en tres tribus, dándoles su nombre, el de Tacio y el de Lucumón (2), muerto á su lado en el combate con los Sabinos, y en treinta curias designadas con los nombres de las Sabinas que fueron intermediarias de la paz y la alianza; pero aunque todo este orden quedó establecido viviendo Tacio, después de su muerte reinó Rómulo mucho más con la autoridad y consejo de los padres.

Obrando de esta manera, comprendió y practicó lo que poco antes había comprendido Licurgo en Esparta, esto es, que la unidad en el mando y potestad regia son los mejores medios para gobernar y regir los Estados si se les robustece con la autoridad de los ciudadanos principales. Sosteniéndose y apoyándose en este Consejo, que le servía de Senado, tuvo guerras afortunadas con los pueblos vecinos, y sin guardar

(1) Según Servio, los Sabinos después del tratado que hicieron con Rómulo tenían todos los derechos de ciudadanos romanos, exceptuando el de sufragio, porque no podían intervenir en la elección de magistrados.

(2) Llamaban á los que formaban estas tribus Ramnencios, Titencios y Lucerrios. Anco Marcio quiso cambiar estos nombres.

para él nada del botín, no dejó de enriquecer á sus conciudadanos. Rómulo se mostró siempre muy observador de los auspicios, que conservamos hoy con mucha utilidad de la república. Él mismo los consultó para fundar la ciudad, siendo la primera base de la república; y después, al crear sus instituciones públicas, eligió en cada tribu un augur (1) para que le ayudase á consultar los auspicios. Asignó la plebe en clientela á los grandes, medida cuya utilidad examinaré más adelante. No usaba otros castigos que multas pagaderas en carneros y en bueyes (porque todos los bienes consistían entonces en rebaños y en tierras, de donde nacieron las palabras *pecuniosi* y *locupletes* para designar á los ricos), ni violencias y no castigando con suplicios.

Después de reinar treinta y siete años y haber establecido aquellos dos firmísimos apoyos de la República, los auspicios y el Senado, desapareció durante un eclipse de sol, consiguiendo el honor insigne de que se le creyese trasportado al rango de los Dioses; fama que no consiguió jamás ningún mortal sin que la mereciese por extraordinaria virtud. Y esto es tanto más admirable en Rómulo, cuanto que los demás hombres que se han supuesto convertidos en Dioses, vivieron en siglos bárbaros, en los que la ig-

(1) Tito Livio dice en el lib. x: «Entre los augures es constante que su número debe ser impar, para que cada una de las antiguas tribus romanas tenga el suyo.»

norancia y la superstición hacían posible esta creencia; mientras que vemos á Rómulo separado de nosotros por menos de seis siglos, en una edad en que habían tomado ya bastante desarrollo las letras y las ciencias, habiendo desaparecido desde mucho antes los errores de una civilización naciente. Si nos atenemos al cómputo de los anales griegos, Roma fué fundada en el segundo año de la Olimpiada séptima, y por consiguiente Rómulo vivía en una época en que Grecia estaba ya llena de poetas y de músicos, y cuando las fábulas recientes no hubiesen obtenido ningún crédito. Ciento ocho años después de las leyes de Licurgo se estableció la primera Olimpiada, aunque algunos, engañados por un error de nombres (1), atribuyen la institución de las Olimpiadas al mismo Licurgo: Homero, ateniéndonos á los cálculos que avanzan menos, vivía treinta años antes de la edad de Licurgo. Dedúcese de ésto que Homero precedió en muchos años á Rómulo, y que la instrucción de los hombres y propagación de los conocimientos dejaban muy poco espacio para una ficción nueva. La antigüedad aceptó muchas fábulas groseras; pero esta edad culta, encontrándose dispuesta á burlarse de lo imposible, debió rechazarlas.

(Aquí faltan muchas letras en el original.)

(1) El mismo Aristóteles cometió este error, según Plutarco.

.....Creyóse sin embargo en la divinidad de Rómulo en tiempos en que la prudencia había madurado los espíritus y el hombre se conocía á sí mismo. Pero tanta virtud y genio había mostrado, que el pueblo no vaciló en creer, bajo la fe de un hombre rudo (1), lo que antes no había creído de ningún mortal. Impulsado Julio Próculo por los senadores, que querían libertarse de la sospecha del asesinato de Rómulo, declaró delante del pueblo que se le había aparecido sobre la colina que ahora se llama Quirinal, mandándole pedir al pueblo le construyese un templo sobre aquella colina, añadiendo que era Dios y se llamaba Quirino.

¿Veis, pues, cómo el genio de un hombre solo creó un pueblo nuevo, y no para abandonarle como á niño en la cuna, sino que impulsa su desarrollo llevándole hasta los linderos de la virilidad?

LELIO.—Lo vemos, y vemos además que sigues un método nuevo que no se encuentra en ningún libro

(1) Cicerón, en el *Tratado de las Leyes*, se burla mucho de esta pretendida aparición de Rómulo, y la coloca en la misma línea que la fábula de Bóreas y de Oritia. Pero lo más notable aquí es la inducción que saca de la misma fábula y la opinión que expresa por lo que se refiere á la civilización de los pueblos de Italia. Herederos los Romanos de la civilización etrusca ó de cualquiera otra, ¿fueron efectivamente un pueblo ilustrado desde su origen? Esto contradice las nociones ordinarias, porque estaría más conforme con los grandes trabajos acabados incontestablemente antes de la República, y que parecen no haber podido pertenecer á una época en que floreciesen las artes y las industrias y en que hubiesen adquirido mucho poder.

griego. El príncipe de sus maestros, aquel á quien ninguno aventajó en elocuencia, se eligió un terreno completamente libre para construir una república á su manera; creación admirable sin duda, pero contraria á la vida y costumbres de los hombres. Otros, sin fijarse en un modelo de república, han tratado sucesivamente de las diferentes formas políticas y constituciones sociales. Paréceme que quieres reunir los dos métodos: al principio te elevaste á consideraciones que preferiste poner en boca de otros á exponerlas en tu nombre, como hace Sócrates en Platón; y hablando de la fundación de Roma, refieres á profundas razones lo que Rómulo hizo por casualidad ó por necesidad en cuanto al emplazamiento de la ciudad; y ahora, no permitiendo á tu pensamiento perderse en divagaciones, lo fijas por completo en el examen de una sola república. Prosigue, pues, tu camino; paréceme que te oigo explicar ya la historia de los otros reyes para ofrecernos una república perfecta.

SCIPIÓN.—El Senado de Rómulo, formado por los grandes, á quienes tanto había elevado el Rey que quería se les llamase padres y á sus hijos patricios, intentó, después de la muerte de Rómulo, gobernar sin rey la República: mas el pueblo no lo consintió, y en medio del dolor por la pérdida de Rómulo, no cesó de pedir rey. Los senadores imaginaron entonces un interregno (1) desconocido hasta aquella época en to-

(1) Tito Livio, que está enteramente conforme con

das las naciones: hicieron nombrar un rey provisional, para no dejar al pueblo sin rey y no acostumbrarlo á uno mismo por mucho tiempo; evitando de esta suerte que estos reyes, que ocupaban poco tiempo el poder, se aficionasen en demasía á él ó adquiriesen fuerza para conservarlo. Desde este tiempo aquel pueblo tan nuevo comprendió una cosa que había escapado á Licurgo el Lacedemonio, que no creyó que el rey debía ser elegido (si alguna vez dependía de él), sino que el trono pertenecía á los descendientes, cualesquiera que fuesen, de la raza de Hércules. Nuestros mayores, por rudos que fuesen, vieron que el rey debía pedirse á la sabiduría y la virtud y no á la raza.

Proclamando la fama estas cualidades en Numa Pompilio, el pueblo, prescindiendo de su origen sabino, eligió rey, á propuesta del Senado, á aquel extranjero, y le llamó de Curas á Roma para reinar. En cuanto llegó, aunque el pueblo le había nombrado rey en los comicios por curias, hizo confirmar su autoridad por medio de una ley que las curias votaron también; y como vió que las instituciones de Rómulo habían aficionado á los Romanos á la guerra, consi-

Cicerón acerca de estos hechos de la historia romana, dice que la autoridad se ejercía por una comisión de diez senadores, de los cuales uno solo gozaba del derecho de los haces y lictores, y que se renovaba cada cinco días. Añade que este estado provisional se prolongó por espacio de un año, y que cansado el pueblo de tantos dueños, volvió á pedir la autoridad real.

deró necesario extinguir poco á poco esta costumbre.

En primer lugar, repartió por cabezas entre los ciudadanos los campos que Rómulo había conquistado, enseñándoles que sin saqueos ni estragos, y sí solo por el cultivo de las tierras, podían vivir en la abundancia de bienes, y les infundió amor á la paz y tranquilidad, á cuyo favor prosperan fácilmente la justicia y buena fe, protectoras eficaces de los trabajos agrarios y seguridad de las cosechas. Pompilio estableció los grandes auspicios, añadiendo dos augures al número primitivo; eligió entre los ciudadanos cinco pontífices para que presidiesen las ceremonias sagradas, y por medio de las leyes que conservamos en nuestros monumentos, sujetó con el suave peso de las ceremonias religiosas los ánimos inquietos por la costumbre de la guerra. Creó los Flamines, los Salios (1), el colegio de las Vestales, y ordenó santamente todo lo que se refiere á la religión. Quiso que las ceremonias sagradas fuesen complicadas y difíciles, pero su aparato muy sencillo; estableció multitud de prácticas indispensables, pero que no exigían dispendiosos gastos; multiplicó los deberes religiosos, mas el pobre pudo cumplirlos con tanta facilidad como el rico; estableció mercados, juegos, y procuró todos los medios de reunión. Por medio de estas instituciones atrajo á la dulzura y suavidad aquellos ánimos que la vida gue-

(1) Había tres flamines llamados *dialis*, *martialis* y *quirinalis*. Los sacerdotes salios de Marte eran doce.

rrera había hecho crueles y feroces. Habiendo reinado en medio de la paz y tranquilidad durante treinta y nueve años, pues acepto con preferencia el cálculo de nuestro amigo Polibio (1), á quien nadie ha aventajado en el cómputo de los tiempos, murió dejando aseguradas las dos columnas más poderosas para la duración de la República: la religión y la clemencia.

Al terminar Scipión, preguntó

MANILIO.—¿Es cierto, oh Africano, que el rey Numa fué, como dice la tradición, discípulo de Pitágoras, ó al menos pitagórico? Frecuentemente he oído decir esto á los ancianos, y sé que así se cree generalmente; pero no veo que nuestros anales públicos lo confirmen por completo.

SCIPIÓN.— Nada hay tan falso, Manilio; y no solamente falso, sino que también necio y absurdo; por mi parte no veo nada tan intolerable como una falsedad que nos quiere hacer creer, no solamente lo que es incierto, sino lo que es de todo punto imposible. Pitágoras vino á Sibaris, Crotona, y á estas partes de Italia en el cuarto año del reinado de Tarquino el Soberbio. En la Olimpiada setenta y dos se encuentra la fecha común del viaje de Pitágoras y del principio del reinado de Tarquino. Vese, pues, calculando la

(1) Este pasaje de Polibio no existe. Pero San Agustín, *de Civit. Dei* III, según Polibio ó Cicerón, hace reinar también á Numa treinta y nueve años y no cuarenta y tres; como se ve del mismo modo en Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y Eutropio.

duración de los reinados trascurridos, que Numa murió unos ciento cincuenta años antes que Pitágoras pisase la Italia, no habiendo ocurrido jamás duda alguna sobre este punto á cuantos han estudiado los anales de los tiempos.

MANILIO.—¡Dioses inmortales, cuán arraigado está en los hombres este error! Sin embargo, fácilmente creeré que no nos han importado nuestra civilización del otro lado del mar, sino que la debemos por completo á nuestras propias condiciones y virtudes domésticas.

SCIPIÓN.—Y mucho mejor lo reconocerás si observas la marcha sucesiva de la República, y la ves avanzar hacia la perfección por camino natural y constante. Muy digna de alabanza te parecerá la sabiduría de nuestros mayores que aceptaron nuevas instituciones extranjeras que entre nosotros se hicieron mejores de lo que fueron en sus propios países; y comprenderás que no por la casualidad, sino por la prudencia y disciplina se engrandeció el pueblo romano, aunque en verdad no le contrarió la fortuna (1).

Muerto Pompilio, el pueblo, á propuesta de un rey

(1) «De todos los pueblos del mundo, el más fiero y el más osado, pero al mismo tiempo el más arreglado en sus consejos, el más constante en sus máximas, el más prudente, el más laborioso, y también el más sufrido, fué el pueblo romano. De este conjunto se formó la mejor milicia y la política más previsora, más firme y consecuente que existió jamás.» Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*.

interino, elevó al trono á Tulo Hostilio, en los comicios por curias; y este rey, á imitación de Pompilio, se hizo confirmar en el mando por las curias. Conquistó mucha gloria por las armas, y fueron notables sus hazañas. Construyó la plaza de los Comicios y la Curia (1), rodeándolas con los despojos de los vencidos. Estableció formas legales para la declaración de guerra y el derecho sagrado de los faciales que sancionó esta institución tan perfectamente justa, de suerte que la guerra que no se declaraba así debía ser tenida como injusta y sacrílega. Mas considerad cuán sabiamente supieron comprender nuestros reyes que era necesario conceder algo al pueblo, porque tengo que decir mucho sobre esto. Tulo no se atrevió á usar las insignias reales sin el mandato del pueblo, y para que se le permitiese llevar delante doce lictores con los haces.....

(*Faltan dos páginas.*) (2).

(1) A este palacio del Senado se le llamó después *Curia Hostilia*.

(2) Esta laguna interrumpe el hilo de la narración y mutila el sentido de la última frase. Mgr. Angelo Mai cree deber intercalar aquí un pasaje que cita San Agustín como perteneciente al libro segundo del tratado *De la República*. «Este género de muerte no hizo creer, sin embargo, que Publio Hostilio hubiese sido recibido entre los Dioses, sin duda porque los Romanos no quisieron rebajar el valor de una apoteosis admitida por Rómulo, concediéndola tan fácilmente á otro.» Estas palabras sólo prueban que Cicerón había referido la muerte de Tulo Hostilio como la refiere Tito Livio.

.... Según tu discurso, la República no marcha, vuela á su perfección.

SCIPIÓN.— Después de la muerte de Tulo el pueblo eligió rey á Anco Marcio, nieto de Numa Pompilio, por su madre; y lo mismo que sus antecesores hizo que las curias confirmasen su mando por medio de una ley (1). Venció á los Latinos y los recibió en la ciudad. Añadió á ésta los montes Aventino y Celio; distribuyó los terrenos que había conquistado; declaró propiedad pública los bosques conquistados próximos al mar; fundó una ciudad en la desembocadura del Tíber, y mandó á ella una colonia; y después de reinar así veintitres años, murió.

LELIO.— Muy de alabar es ese rey; pero la historia romana es oscura, puesto que si conocemos la madre de este rey, ignoramos quién fué su padre.

SCIPIÓN.— Así es; pero de aquellos tiempos solamente los nombres de los reyes son conocidos.

En esta época vesé por primera vez penetrar en la ciudad una civilización extranjera. No era un arro-

(1) La repetición de esta circunstancia en el advenimiento de cada uno de los reyes es muy curiosa. No se trata simplemente aquí de ver la forma más ó menos limitada, más ó menos republicana, que tomaban estos reyes electivos; sino que debe deducirse que existían en los archivos romanos pruebas de la observancia de esta singular formalidad tan cuidadosamente notada por Cicerón. Siendo esto así, la historia de los primeros reyes de Roma es mucho más auténtica y está mejor atestiguada de lo que se supone.



yuelo el que penetraba en Roma, sino un río caudaloso que nos traía á torrentes las ciencias y artes de la Grecia. Demarato, natural de Corinto, que por su rango, influencia y riquezas era sin duda el primero de su patria, no pudiendo soportar á Cipselo (1), tirano de Corinto, huyó con grandes tesoros, trasladándose á Tarquinia, ciudad muy floreciente de los Etruscos. Sabiendo que la dominación de Cipselo se robustecía, aquel varón enérgico y libre renunció á su patria y se hizo inscribir como ciudadano de Tarquinia, estableciendo en esta ciudad su morada y hacienda. Habiendo tenido dos hijos de su unión con una Tarquiniense, los educó según las ciencias y artes de los Griegos.....

(Faltan dos páginas.)

..... Fácilmente se le concedió á uno de ellos el derecho de ciudadano (2), y por su afabilidad é instrucción conquistó la amistad del rey Anco, hasta el punto de creerse que gozaba de toda su confianza, y que en cierta manera compartía con él la autoridad real. Su carácter era muy dulce, y prodigaba á los ciudadanos socorros, protección y beneficios. Así fué que, muerto Anco, el voto popular elevó al trono á L. Tarquino, porque también había cambiado el nombre griego de

(1) Cipselo reinó treinta años en Corinto, según Aristóteles y veintiocho después de Eusebio.

(2) Cicerón habla aquí de un hijo de Demarato.

su familia, para conformarse en todo á las costumbres del país que había adoptado. Cuando una ley hubo confirmado su poder, duplicó ante todo el número de senadores; los antiguos senadores, á quienes hacía votar los primeros, llevaron el nombre de padres de las antiguas familias, y los modernos, padres de las familias nuevas (1). Estableció en seguida el orden ecuestre, tal como se conserva en nuestros días; mas no pudo, á pesar de sus deseos, cambiar los nombres de Titencios, Ramnencios y Lucerios, porque le disuadió de ello el famoso augur Attio Nevio. Sabido es que los Corintios cuidaban mucho de dar y mantener caballos para el Estado, por medio de un tributo que pagaban los casados sin hijos y las viudas. A los primeros escuadrones añadió dos, y elevó el número de caballos á mil doscientos; pero lo duplicó después que sometió á los Equos, grande y poderosa nación que había llegado á ser peligrosa para el pueblo romano. Habiendo rechazado de nuestras murallas á los Sabinos, los ahuyentó con la caballería, y los venció. Sabemos que él fué quien estableció los grandes juegos que se llaman Romanos; que en lo más recio del com-

(1) Este es un hecho histórico muy controvertido. Tácito dice que los padres *majorum gentium* fueron creados por Rómulo, y los de las familias nuevas *minorum gentium*, por Bruto (An. xi). P. Víctor atribuye la creación de estos últimos á Tulo Hostilio, y Servio, á Servio Tulio; pero muchos autores están de acuerdo con Cicerón, y especialmente Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio y Aurelio Víctor.

bate con los Sabinos hizo voto de elevar en el Capitolio un templo á Júpiter Óptimo Máximo, y que murió habiendo reinado treinta y ocho años.

LELIO.—Cuanto dices confirma el aserto de Catón: que la constitución de nuestra República no es obra de una sola edad ni de un solo hombre, viéndose claramente que cada rey establece cosas nuevas y útiles. Pero llegamos al rey que en mi opinión hizo más por la República.

SCIPIÓN.—Así es; después de la muerte de Tarquino, comenzó á reinar Servio Tulio, primero que ocupó el trono sin el voto del pueblo. Dícese que fué hijo de una esclava de Tarquinia y de un cliente del rey: educado en la condición de criado, servía á la mesa del rey, y desde aquel momento comenzóse á ver la claridad de su genio: tan diestro era en el servicio y oportuno en sus respuestas. Por esta razón, Tarquino, cuyos hijos eran muy niños entonces, mostraba tanta predilección á Servio, que generalmente se le creía hijo suyo. Comunicóle con exquisito cuidado toda la instrucción que había recibido, y le enseñó todas las ciencias y las artes de Grecia. Cuando pereció Tarquino, víctima de los hijos de Anco, comenzó á reinar Servio, como ya he dicho, sin votación del pueblo, pero sí con su consentimiento y beneplácito. Habiéndose hecho correr la falsa voz de que Tarquino sobrevivía á su herida, Servio, con todo el aparato regio, dirimía los pleitos, pagaba de su dinero á los acreedores de los pobres, mostraba extraordinaria